

dosmil30

4 de diciembre de 2003

Sobre la globalización Juan Grompone

Ser partidario de la globalización para un liberal no es otra cosa que continuar con sus ideas. En cambio, paradójicamente, para un partidario de las ideas socialistas (en sentido genérico) o de izquierda –para llamarlas de alguna manera– suele ser algo raro y hasta condenable. Sin embargo –igual que la parlamentaria europea Emma Bonino– me propongo defender a la globalización.

La globalización es inseparable de la economía capitalista. Globalizadores fueron los navegantes venecianos cuando establecieron el comercio de Oriente. Globalizador fue Enrique el Navegante cuando sus naves recorrieron las costas de Africa. Globalizador fue Colón, Magallanes, Cook o Darwin.

Hace un tiempo hice un experimento con estudiantes universitarios de filosofía. Les leí un pasaje del “Manifiesto Comunista” sobre la expansión mundial de capitalismo. Nadie lo objetó ni le resultó antiguo a pesar que se había escrito hace 150 años. Todos lo vieron como una adecuada descripción de la globalización y esto confirma el carácter permanente que tiene este proceso.

El rechazo a la globalización por parte de la izquierda creo que comete dos errores teóricos y uno práctico. En primer lugar olvida que el movimiento socialista es un movimiento internacionalista, globalizador como se diría ahora. Es una paradoja de estos tiempos de desconcierto que la izquierda deje de ser internacionalista y se vuelva nacionalista.

El segundo error consiste en confundir el capitalismo con una especie de accidente histórico, con algo maligno que se debe rechazar en todos sus aspectos. El capitalismo, igual que todas las formas anteriores de organización social, cumple un papel revolucionario en el desarrollo humano.

No verlo así significa retroceder ideológicamente a comienzos del siglo XIX.

Creo que la posición tradicional de la izquierda –y nada permite suponer que ha cambiado– consiste en aceptar que, a pesar de lo anterior, la sociedad capitalista es un fenómeno histórico que

finalizará en algún futuro más o menos próximo, como consecuencia de sus propias contradicciones. En este sentido, la continuación de la globalización es un ingrediente más del carácter revolucionario del capitalismo y también una nueva fuente de contradicciones internas.

Instrumento de democratización

Por último, hay un error práctico. Hoy los países capitalistas avanzados también son enemigos de la globalización. La globalización significa para los Estados Unidos, por ejemplo, que se pierdan decenas de miles de puestos de trabajo porque pasan al Tercer Mundo. Este es un tema reiterado en Business Week, por ejemplo. Las corporaciones globales se establecen en zonas de salarios bajos y abandonan a los países capitalistas prósperos. Esto ocurre porque buscan una mejor rentabilidad, como siempre lo han hecho. Pero el resultado es una importante mejora de la situación económica del Tercer Mundo. Imitando a Adam Smith se podría decir que otra “mano invisible” hace que la conducta egoísta de los países capitalistas termina finalmente por traer riqueza a los países pobres.

Este tema se vincula con el problema general de la pobreza. Es habitual en la izquierda aceptar que la pobreza en el mundo aumenta y que esto es responsabilidad de la sociedad capitalista.

Creo que ambas ideas son equivocadas, pero son fáciles de enunciar y rara vez se presentan cifras para justificar esta afirmación. Aquí está una de las raíces de la demonización de la globalización. Pero vale la pena pensar, por ejemplo, en el progreso material de China –que es una parte enorme de la población mundial– en la última década para entender la dificultad de argumentar sobre el incremento de la pobreza.

Pero también la globalización es un instrumento de democratización y tarde o temprano dará importantes frutos. A título de ejemplo:

- está provocando una democratización del acceso a la información;

- modificará, a la larga, a los fundamentalistas de todo tipo, incluyendo a los islámicos;
- es un instrumento, para la publicación de documentos y para realizar debates ideológicos; en una palabra, para la organización internacional de la izquierda.

En definitiva, yo no estoy en contra ni de la lluvia ni de la globalización. Además, como internacionalista, rechazo todas las formas de nacionalismo, por eso veo bienvenida a la nueva globalización. Creo, también, que se debe meditar más antes extraer conclusiones fáciles y equivocadas acerca del movimiento general de la historia. Por cierto que en este artículo no puedo sino enunciar estas convicciones, pero he escrito abundantemente sobre estos temas como para eximirme aquí de una argumentación más detallada.

Juan Grompone es Ingeniero Industrial, escritor.